



*Dimensions of motherhood in Unamuno:
between civility and “nadism”*

*Dimensiones políticas de la maternidad
en Unamuno: entre civilidad y “nadismo”*

CARLOS GUTIÉRREZ MANRIQUE

Universidad Complutense de Madrid

carlgu08@ucm.es

ORCID: 0009-0005-2376-3232

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2024.37.002>

Bajo Palabra. II Época. N° 37. Pgs: 413-432



Recibido: 10/04/2024

Aprobado: 15/09/2024

Resumen

Este artículo expone, en primer lugar, las líneas generales del pensamiento político de Miguel de Unamuno, haciendo especial hincapié en su interés constante por este campo. A continuación, tomando como fundamento de las ideas de Unamuno la dualidad civilidad-fe, se atiende a su evolución en distintas obras literarias. Apreciamos, tras esto, que hay una aparente deriva “nihilista” en la producción unamuniana más tardía, que se relaciona con la maternidad como principio político. No obstante, entendemos que esta actitud y la maternidad se refieren a una particular forma de activismo en lugar de promulgar un abandono de las preocupaciones colectivas. Por último, se trata de situar estas ideas en el horizonte de la actualidad para una ulterior reflexión.

Palabras clave: Unamuno, Maternidad, Paternidad, Matria, Patria, Civilidad, Fe, Violencia, Envidia, Nadismo.

Abstract

This article presents and emphasize the underlying principles of Miguel de Unamuno’s political thought and his constant interest in this field. First, we take in consideration the duality of civility-faith as the foundation of Unamuno’s ideas, and we look at its evolution through his different literary works. Then, in the later Unamunian production, we notice that there is an apparent “nihilistic” drift, which is related to motherhood as a political principle. Moreover, we understand that this attitude and motherhood applied to politics refer to a particular form of activism, rather than promoting an abandonment of collective concerns. Finally, we put these ideas together in today’s context for a further and final reflection.

Keywords: Keywords: Unamuno, Motherhood, Paternity, Matria, Homeland, Civility, Faith, Violence, Envy, Nadism.

“And I say there is nothing greater than the mother of men.”

W. W.

I. Introducción.

Don Miguel de Unamuno suele aparecer en el imaginario colectivo como prototipo de pensador solipsista, de filósofo que —como el personaje del cuadro de Magritte *La lámpara filosófica*— se encierra en sí mismo y olvida el mundo. Hay que decir que, ciertamente, toda la obra de Unamuno es un monólogo íntimo que toma como eje central la existencia concreta y particular del hombre —el hombre “de carne y hueso”, en sus términos¹—. A primera vista, parece que todo lo que está más allá de ese individuo concretísimo y real se descuelga del pensamiento de don Miguel. La angustia, la condición trágica de la vida, la fe y la razón de cada hombre concreto —y la del propio Unamuno, que muchas veces cae en un juego de auto-confrontación²—; todos estos temas, personales e individuales hasta el tuétano, parecen ser las únicas preocupaciones de Unamuno. ¿Pensó entonces don Miguel que la colectividad es una cuestión marginal, algo que, sencillamente, no merece tanta importancia como la realidad individual del ser humano?

Lo cierto es que Unamuno fue un autor incansablemente político. Y en este sentido, hay que decir que la colectividad fue siempre una cuestión nuclear en su

¹ El interés de la obra de Unamuno siempre es el “[...] hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.” (Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, ed. de Antonio M. López Molina, prolog. de Antonio M. López Molina, Madrid: Biblioteca Nueva, 1999, p. 79).

² Unamuno es muchas veces personaje de sus propias obras o aquel que se erige como portavoz de una angustia personal común a toda la humanidad. El pasaje más famoso a este respecto es el de *Niebla*, en el que Augusto Pérez visita al autor (cfr. Unamuno, M., *Niebla*. Madrid: Cátedra, 2016, pp. 253-261). Las referencias a sí mismo también aparecen en algunas obras de teatro y pequeñas novelas “¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente—o inmanente—¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo...” (Unamuno, M., *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Madrid: Austral, 1964, p. 19). Otro caso destacable en esta línea es *Cómo se hace una novela*, donde el propio Unamuno se autoconstruye como personaje literario para salvarse de la muerte y darse consuelo: “Héteme aquí ante estas páginas blancas, mi porvenir, tratando de derramar mi vida, de arrancarme a la muerte de cada instante. Trato, a la vez de consolarme de mi destierro de mi eternidad, de este destierro al que quiero llamar mi des-cielo.” (Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*. Madrid: Alianza, 1990, p. 122).

pensamiento. Como bien es sabido, la actividad política de Unamuno fue incansable³. Y esta actividad fue algo que el filósofo vasco mantuvo con pasión casi hasta su muerte. De hecho, tras el golpe de estado del 18 de julio —recordemos que su muerte se produce tan sólo cinco meses después—, Unamuno proyecta un nuevo libro, *El resentimiento trágico de la vida*, en el que pretende dar continuidad a sus preocupaciones colectivas⁴.

¿Cómo puede pensarse que un autor que dedicó tanta energía a la comprensión de la realidad política que le tocó vivir fuese un ermitaño conceptual? Es cierto que la preocupación central de don Miguel fue la existencia concreta del hombre individual, pero es que resulta que dicha existencia no tiene cabida en su pensamiento sin los otros, sin la colectividad. Individuo y sociedad son ambos caras imprescindibles de una misma moneda. Hasta en el tema más individual de Unamuno, el afán personal de inmortalidad, está clavada la colectividad: “¿Se conoce a sí mismo el que se luce? Pocas veces. Pues como no se cuida de alumbrar a los demás, no se alumbrará a sí mismo. Pero el que no sólo luce, sino que al lucir alumbrará a los otros, se luce alumbrándose a sí mismo”⁵. ¿Cómo se salva el hombre de carne y hueso de la muerte? Por medio de actos de amor. ¿Y qué es el amor para Unamuno? La acción por la que el amante se hace parte imprescindible del amado, la acción por la que el hombre se eterniza en los demás⁶. Sin “los demás” no hay amor y sin amor no hay posibilidad de redención ante la muerte. Es la comunidad la que salva al individuo concreto, la que redime su alma de la disolución total. Salvación del “hombre” concreto, sí; pero sin dejar nunca de mirar en derredor. Los otros, para Unamuno, son la balsa en la que el ser humano particular se conduce a su salvación⁷. No hay solipsismo ni aislamiento en absoluto.

³ Sobre la actividad política de Unamuno hay que hacer referencia a los trabajos de Pedro Ribas y Urrutia: Ribas, P., *Filosofía, política y literatura en Unamuno*. Madrid: Ediciones Edymion, 2017 y Urrutia, M., *Evolución del pensamiento político de Unamuno*. Bilbao: Deusto, 2018. Ambos autores inciden en la faceta política unamuniana, tratando de resaltar, especialmente, que la colectividad fue una de las preocupaciones centrales del pensador vasco. En el mismo sentido también son interesantes las aportaciones de Carlos París en: París, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*. Barcelona: Antrophos, 1989, pp. 244-247 y p. 328.

⁴ Cfr. el comentario que Carlos Feal hace en esta línea (Unamuno, M., de, *El resentimiento trágico de la vida*. Madrid: Alianza, 1991, p. 84 y p. 92).

⁵ Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 209.

⁶ “El hombre una vez ha conocido lo necesario para perpetuarse en sociedad, produce un mundo invisible, hijo de las creaciones del amor y del instinto de perpetuación.” (López Molina, M., “Estudio introductorio”, en: Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 31). Sobre el amor como fuente de conocimiento cfr. Padilla Novoa, M., *Unamuno*. Madrid: Ediciones del Orto, 1994, pp. 37-39.

⁷ Cfr. París, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, op. cit., p. 210. También se dice: “¿Yo, yo, yo, siempre yo! —dirá algún lector—; y ¿quién eres tú?» Podría aquí contestarle con Obermann, con el enorme hombre Obermann: «para el universo nada, para mí todo»; pero no, prefiero recordarle una doctrina del hombre Kant, y es la de que debemos considerar a nuestros prójimos, a los demás hombres, no como medios, sino como fines. Pues no se trata de mí tan sólo: se trata de todos y de cada uno. Los juicios singulares tienen valor de universales,

II. El pensamiento político de Unamuno: entre la patria y la patria

Vemos, pues, que Unamuno, en vida y obra, fue también un autor político. Pues bien, ahora cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿cuál fue su aporte filosófico a este campo?⁸ El núcleo duro del pensamiento político unamuniano se basa en la siguiente idea: la política tiene que integrar en un todo dos principios imprescindibles: la civilidad y la fe⁹. Las construcciones políticas, entiende don Miguel, tienen que satisfacer una doble necesidad; tienen, en cierto sentido, que ser dualistas. Por un lado tienen que “hacer civilización”—y esto quiere decir generar libertad, seguridad material, leyes y cultura—y, por otro lado, tienen que garantizar la fe. Lo primero, hacer civilización, civilizar, se refiere al concepto más pedestre de política: la gestión material de la cosa pública, de los cuerpos que componen la colectividad y sus instituciones. Que la política tenga que civilizar quiere decir que tiene que garantizar todo lo relativo a las cuestiones civiles, es decir, la vida material de los individuos, sus leyes, su economía, su libertad y su cultura¹⁰. La civilización se funda en un valor: el progreso. Que la sociedad se civilice, quiere decir que progresa, que hay más libertades, más seguridad, más cultura, etc. Progreso y civilización van de la mano. Este es el primer polo del asunto.

Ahora bien, ¿qué quiere decir que también hay que garantizar la fe? Aquí es preciso hacer una aclaración. Por “fe”, en Unamuno, debe entenderse lo siguiente: consuelo, seguridad espiritual, religión y rito¹¹. Que la vida colectiva deba también

dicen los lógicos. Lo singular no es particular, es universal.” (Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 16). También *cf.* *Ibid.*, p. 245.

⁸ Hay que aclarar que los devenires políticos de Unamuno son extremadamente erráticos y van desde el nacionalismo vasco hasta el socialismo. Lo que se presenta aquí es una síntesis que se basa en lo que Urrutia expone en: Urrutia, M., *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, op. cit. . Hay que recalcar, a su vez, que la intervención política de Unamuno no es nunca una intervención material asociada a un partido (*cf.* González Egido, L., *Agonizar en Salamanca*. Madrid: Alianza, 1986, pp. 20-21).

⁹ “[...] en el fondo de todo problema literario y aún estético se halla, como en el fondo de todo lo humano, una base económica y un alma religiosa. El económico y el religioso son, en acción y reacción mutuas, los factores cardinales de la historia de la humanidad, el cuerpo y el alma de todo ideal vivo, nacido de la unión sustancial de esos factores [...]. La economía es la lógica material [civilización], la fe el ideal de toda cuestión.” (Unamuno, M., *La regeneración del teatro español*, OC, I, p. 908. Tomado de: Urrutia, M., *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, op. cit., p. 67). La vida espiritual y la vida material son ambas igual de importantes (*Cf.* Unamuno, M. de, *Diario íntimo*. Madrid: Alianza, 2019, p. 40 y p. 48). También se trata esta cuestión en el texto de Carlos París: *cf.* París, C., *Unamuno. Estructura...*, op. cit., p. 96.

¹⁰ Sobre el vínculo entre civilización y cultura: “La civilización empezó el día que un hombre, sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajos de lujo. Fue la esclavitud lo que permitió a Platón especular sobre la república ideal, y fue la guerra lo que trajo la esclavitud. No en vano es Atenea la diosa de la guerra y de la ciencia.” (Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 245).

¹¹ *Cf.* *Ibid.*, pp. 56-73. Esta asociación, relacionada con la maternidad, aparece de manera explícita e implícita a lo largo de toda la producción de Unamuno: *cf.* Blanco Aguinaga, C., “La madre, su regazo y el “sueño de

fundarse en la fe quiere decir que las formas de gobierno no deben caer en una gestión meramente civil, sino que también tienen que mirar por el “alma” de los ciudadanos. ¿Y qué quiere decir Unamuno con esto?: que la política debe responder en alguna medida a la condición íntima del ser humano que pide consuelo frente al mundo; que debe responder a lo que en todos nosotros, aparte de libertad, de ley jurídica, de economía, también reclama seguridad espiritual: “[...] que estén todos contentos de vivir.”¹²

Hay un supuesto antropológico que debemos tener en cuenta para entender esta idea. Me remito a la terminología de Carlos París. El ser humano, para Unamuno, es un ser “expósito”, esto es, un niño abandonado, arrojado al mundo e íntimamente sólo¹³. Hemos nacido, ¿pero es que acaso a alguno le pidieron permiso para lanzarle a esta realidad, con todas las miserias, con todos los tormentos que ello implica? Unamuno entiende que añorar el regreso al paraíso, la voluntad de salir de los tormentos del mundo, es algo constante en el hombre, algo que nace de su interior y que sigue ahí por mucho que las condiciones materiales sean favorables. La política no puede descuidar este hecho y debe aportar soluciones del mismo modo que garantiza la libertad o las necesidades materiales: “no sólo de pan vive el hombre”¹⁴. La fe como principio político quiere decir que las cuestiones que se refieran a la colectividad no pueden gestionarse sólo en el plano civil. Los integrantes de la sociedad son algo más que cuerpos que comen, beben y consumen; también son almas que sufren y que lloran porque han sido arrojadas al mundo solas. Una sociedad que obvia esto y se limita a lo civil es una sociedad, entiende Unamuno, que deja de lado una parte imprescindible de la constitución del ser humano¹⁵.

dormir” en la obra de Unamuno”, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 7, 1956, pp. 69-84.

¹² Unamuno, M. de, *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid: Alianza, 1990, p. 23.

¹³ “¿Qué es un expósito? Se nos dirá que un niño recién nacido, expuesto en un paraje público. La etimología, que es algo puesto fuera, arrojado desde una situación anterior. [...] Resulta pues algo que se muestra, se expone, y que se encuentra en una situación de riesgo, [...]. [El hombre se encuentra] Expatriado del hogar que son los brazos protectores y la cuna, la casa. [...]. En principio y literalmente todos los hombres somos expósitos, ya que nuestra vida se inicia al ser puestos fuera del claustro materno. Y la dialéctica realizadora de nuestro ser será una perenne reactualización, una dramática reviviscencia de esta situación iniciadora.” (París, C., *Unamuno. Estructura...*, op. cit., pp. 103-105)

¹⁴ *Mateo*, 4:4. En *La Esfinge* se pone de manifiesto esta necesidad espiritual del ser humano; la “mera” política conduce al vacío y la desesperación “La patria no necesita gloria. Lo que necesitan es felicidad sus hijos... ¡Gloria!... ¡Gloria!... ¡Indestructible aspiración a la eternidad! ¡Sombra de eternidad!” (Unamuno, M. de, *La Esfinge*. Madrid: Castalia, 1987, p. 130 y p. 125).

¹⁵ Esto es, de hecho, lo que lleva a Unamuno a abandonar el socialismo: *cf.* Ribas, P., *Filosofía, política y literatura en Unamuno*, op. cit., pp. 31-55. El marxismo, según Unamuno, hace una consideración del hombre exclusivamente económica, esto es, exclusivamente civil y, por ello, deja de lado el alma del ser humano, su condición íntima. En líneas generales se puede decir que al marxismo le falta una parte imprescindible de la humanidad en su consideración del hombre. Un problema similar presenta “el denominado cristianismo social”, que busca

El hombre, por tanto, necesita que desde la colectividad se le dé consuelo en su espíritu, necesita fe, necesita algo más que civilización. ¿Y cómo se materializa esto en la realidad? Las formas políticas civilizan, por medio de las instituciones estrictamente políticas, pero también pueden consolar. ¿Cómo?: por dos vías, que en el fondo son la misma: la religión y la intrahistoria.

La intrahistoria es la vida de los pueblos que subyace a los devenires políticos, es lo eterno que se mantiene igual a lo largo de los siglos, las costumbres populares, sus canciones, sus fiestas y también sus creencias religiosas; se trata del “subconsciente” de la historia de los pueblos, “el rumor de las voces que viven debajo de ella”¹⁶. La intrahistoria, en tanto que da acceso al poso de eternidad del devenir, es fuente de esperanza para los individuos, consuelo de las angustias de la condición “expósita” del ser humano:

¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intra-historia, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo.¹⁷

La política tiene que contar con todo esto, con todo lo que supone la intrahistoria y la religión, con aquello que insufla al ser humano fe en lo eterno¹⁸. Esto no quiere decir que Unamuno promulgue un cesaropapismo. Cada cosa debe ir por su lado: la civilidad la deben consumir los políticos y la fe la tienen que mantener las instituciones religiosas y las formas populares. La cuestión es que en la colectividad debe haber espacio —este es el mensaje de Unamuno— para que ambos polos puedan cumplir su labor libremente. Ni la gestión civil (digamos, lo estrictamente político, lo “visible”) debe devorar a la intrahistoria, ni esta última debe opacar a la primera. Don Miguel afirma, en definitiva, que debe darse una yuxtaposición irresoluble, una coexistencia entre ambos principios; no lo uno *o* lo otro, sino lo uno *y* lo otro.

subsumir las preocupaciones civiles a las religiosas; esto es algo que Unamuno tampoco acepta: *cf.* Unamuno, M. de, *La agonía del cristianismo*. Madrid: Austral, p. 134 y p. 139 y Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., pp. 57-58.

¹⁶ Unamuno, M., *En torno al casticismo*. Madrid: Cátedra, 2020, p. 168. También: “En esa muchedumbre que no ha oído hablar de nuestros literatos de cartel hay una vida difusa y rica, un alma inconsciente en ese pueblo zafio al que se desprecia sin conocerle. Cuando se afirma que en el espíritu colectivo de un pueblo, [...], hay algo más que los caracteres comunes a los espíritus individuales que le integran, lo que se afirma es que viven en él de un modo o de otro los caracteres de todos sus componentes; se afirma la existencia de un nimbo colectivo, de una hondura de alma común [...]. [...] en la intrahistoria vive con la masa difusa y desdeñada el principio de honda continuidad internacional y de cosmopolitismo, el protoplasma universal humano.” (Ibid. pp. 264-268). También *cf.* Ribas, P., *Filosofía, política y literatura en Unamuno*, op. cit., p. 18.

¹⁷ Unamuno, M., *En torno al casticismo*, op. cit., p. 263. También *cf.* París, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, op. cit., pp. 224-226.

¹⁸ Unamuno se refiere a esta cuestión también en su diario: “Buscar la comunidad sin la unidad espiritual es buscar disensión y muerte.” (Unamuno, M., *Diario íntimo*. op. cit., p. 127). Sin fe no hay colectividad plena.

Este doble polo político, esta ambivalencia, esta dialéctica que no se resuelve, es la matriz del pensamiento político de Unamuno, y, como tal, se materializa continuamente en la obra literaria del pensador vasco. Junto a los actos políticos civiles hay siempre un “algo” subyacente que conduce a los personajes de sus novelas. Ese “algo” es la intrahistoria, la tradición, la fe, que se despliega como principio colectivo también en las novelas de don Miguel. En la primera de ellas, *Paz en la guerra*, vemos que hay algo así como un hilo que conecta las vidas de los habitantes de Bilbao y que se mantiene estable a pesar de las luchas que se dan en el plano de la política “visible”: “El día de la Gloriosa había sido para ellos [para el pueblo] como los demás días, como los demás sudaron sobre la tierra viva que engendra y devora hombres y civilizaciones”¹⁹. Esa “política visible” es la guerra, la acción civilizatoria por excelencia²⁰. Y junto a ella, o mejor dicho, bajo ella, se encuentra las costumbres de los habitantes, su tradición, su fe, su “paz” a pesar de y en la “guerra”—haciendo juego con el título—. El pueblo representa en esta novela el polo de la fe, el polo de la intrahistoria, que se yuxtapone a la civilidad, a la guerra²¹. ¿Y cómo ocurre esto? En lucha, en tensión: la intrahistoria representada por el pueblo sale a luchar, a enfrentarse con la civilidad (las tropas liberales). Pero la conclusión de la lucha no es el fin de ninguno de los contendientes: vencen los liberales, pero la fe del pueblo se mantiene intacta. La tensión no se pierde²².

Algo similar puede apreciarse también en *Vida de Don Quijote y Sancho*. En esta obra Unamuno exhorta a la intrahistoria, a la fe, a salir a luchar contra la razón, la herramienta principal de la civilidad. La proclama es “ir al sepulcro del Quijote” ¿Para qué? Pues para llevar la fe al mundo, al plano de lo civil y lo racional; porque: “[...] la razón aniquila, y la imaginación entera, integra o totaliza; la razón por sí sola mata, y la imaginación es la que da vida”²³. De nuevo encontramos la tensión, la lucha entre ambas dimensiones. Fe y civilidad se han de enlazar en la colectividad, aportando cada una lo que le corresponde²⁴.

¹⁹ Unamuno, M., *Paz en la guerra*. Madrid: Alianza Editorial, 2003, p. 99.

²⁰ “[...] la vieja lucha de razas, fuente de la civilización.” (Ibid., p. 328).

²¹ “[...] oían tranquilos reventar las bombas, que era un suceso más entre los diarios sucesos, un suceso incorporado ya a la trama de la vida ordinaria.” (Ibid., p. 195). También se afirma: “[a] las grandes nacionalidades históricas, hijas de la guerra y de ella sustentadoras, las impele al concierto de que haya de surgir la humanidad pacífica. Por dentro de los grandes organismos históricos palpita su carne, luchando por diferenciarse según la varia distribución de sus elementos originarios.” (Ibid., p. 329).

²² En el teatro de Unamuno el mar se hace símbolo de la tradición, como entidad inmutable frente a las luchas del mundo: “¡Menos la mar, padre! ¡Mírala! ¡Como si no hubiese pasado nada! ¡Como si no hubiese historia!” (Unamuno, M., *Sombras de sueño*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 86).

²³ Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 160.

²⁴ “Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán a tu lado aunque no los veas. Cada cual creará ir solo, pero formaréis batallón sagrado. Tú no perteneces al cotarro [a la vida civil], sino al batallón de los libres cruza-

III. La pérdida de la tensión: ¿“Nadismo” en la producción Unamuniana?

Pero parece que este afán de don Miguel por mantener la tensión entre fe y civilidad comienza a quebrarse conforme avanzamos en su producción. Se ha dicho que Unamuno fue, poco a poco, apostando por la fe como único principio para la colectividad. Esta tesis cobra fuerza si atendemos a la evolución que va desde las obras referidas anteriormente hasta otras como *San Manuel Bueno, mártir* o *Cómo se hace una novela*. Esta última es una novela-ensayo en la que Unamuno se dibuja a sí mismo como un personaje (U. Jugo de la Raza), que encuentra un libro en el que está escrita su propia vida y, por tanto, en el que el protagonista espera ver su propia muerte. La narración se centra en la angustia personal de este U. Jugo de la Raza y en su necesidad de consuelo. El texto de Unamuno nos muestra que, en el fondo, todos somos, en tanto que seres humanos, personajes que se dibujan y desdibujan, que nacen y mueren, como los de las historias literarias: la vida es libro²⁵. Aparece esa necesidad interior de consuelo a la que nos hemos referido, el polo de fe, pero ¿dónde está en esta obra la civilidad? Aparentemente lo único que interesa es la angustia, la necesidad de fe del personaje principal (que es la del propio Unamuno):

Habría que inventar un personaje que sería, naturalmente, yo mismo. [...] Le llamaría U. Jugo de la Raza. [...] vuelve a las páginas del libro, para en ellas vivir. [...] [...] sintió Jugo de la Raza que las letras del libro se le borraban ante los ojos, [...]. “¿Cómo seguiré esa historia? ¿cómo acabará?” Pero estaba convencido de que un día no sabría resistir y de que le sería menester tomar el libro y proseguir la lectura, aunque tuviese que morirse para acabarla.²⁶

Pero es que además la “fe” y sus asociados no salen al mundo en la narración que involucra al personaje; la intrahistoria no busca a su opuesto en el plano colectivo para lograr la tensión, como ocurría en *Paz en la guerra* y en *Vida de Don Quijote y Sancho*. Es como si la necesidad de lo civil se hubiese borrado.

En *San Manuel Bueno, mártir* esto es aún más claro. ¿Qué rige al pueblo de la novela? Tan sólo la fe, nada más. Vemos en esta obra un pueblo totalmente pasivo, una intrahistoria que no lucha y que renuncia por completo a la vida civil a cambio

dos. ¿Por qué te asomas a las tapias del cotarro a oír lo que se cacarea? [...] ¡No, amigo, no! Cuando pases junto a un cotarro, tápate los oídos, lanza tu palabra y sigue adelante. Y que en esa palabra vibre toda tu sed, toda tu hambre, toda tu morriña, todo tu amor [toda tu fe].” (Unamuno, M. de, *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Austral, 1985, pp. 17-21).

²⁵ Sobre la condición ficticia de todo lo real *cfr.* *Hermano Juan, Sombras de sueño* y *San Manuel Bueno*. También *cfr.* Unamuno, M., *El otro*. Madrid: Austral, 1964, p. 49. La forma escénica del teatro sirve a Unamuno como símbolo de la vida humana.

²⁶ Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., pp. 134-137. Esta obra parece responder a la necesidad de consuelo del propio autor *cfr.* *Ibid.*, p. 122. Véase también nota 2.

del consuelo total, un pueblo en la inopia. ¿Dónde está la tensión? En *San Manuel Bueno*, sencillamente, parece que no hay tensión; la primacía de la fe es total:

La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella. [...] Yo estoy aquí para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacer que se sueñen inmortales y no para matarlos.²⁷

Cabría pensar, por ello, que Unamuno predica una renuncia total al mundo material-civil. Esto ha sido el principal argumento para defender un “nihilismo” o “nadismo”²⁸ —en términos del propio don Miguel— en la etapa final de Unamuno. Y, en efecto, parece que el mensaje del pensador vasco comienza a promulgar que lo mejor, como hacen los habitantes de Valverde de Lucerna, es replegarse a la fe y nada más, renunciar a “lo visible” de la política²⁹. Esta evolución, desde *Paz en la Guerra* hasta *San Manuel, Bueno* ha dado coba para hablar de un “suicidio intelectual” de Unamuno en su etapa final, como si la conclusión última de don Miguel hubiese sido que hay que renunciar a la actividad política en el plano de lo civil.

Este sentido “final” de la intrahistoria conecta muy bien con la imagen de la maternidad. La fe, en efecto, no es más que el anhelo de una madre, de un consuelo maternal, de alguien que nos recoja de la calle y nos adopte y, con ello, ponga fin a nuestra condición expósita³⁰. Y eso es exactamente lo que parece encarnar el personaje de San Manuel Bueno. Éste en el fondo no es más que una madre, que se limita a consolar al pueblo, que lo arropa aún con mentiras para que duerma y sueñe³¹. La maternidad como principio colectivo parecería que es la conclusión final de la forma política ambivalente —fe y civilidad— que hemos señalado como el núcleo del pensamiento po-

²⁷ Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 46.

²⁸ Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 119.

²⁹ “Jamás en sus sermones se ponía a declamar contra impíos, masones, liberales o herejes. [...] Porque él lo disculpaba todo y a todos disculpaba. [...] Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, [...]. Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio..., opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe.” (Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 18, p. 38 y p. 47). En *Ibid.*, p. 53 San Manuel define su labor como “suicidio”.

³⁰ Unamuno relaciona a lo largo de toda su obra fe y maternidad: “La fe es pasiva, femenina, hija de la gracia, y no activa, masculina y producida por el libre albedrío. [...] La virilidad sola es estéril. En cambio, la religión cristiana ha concebido la maternidad pura, sin concurso de hombre, la fe de gracia pura, de gracia eficaz.” (Unamuno, M., *La agonía del cristianismo*, VI, op. cit., p. 131). Esto puede verse también a propósito de cómo Dulcinea inspira fe a don Quijote para convertirse en héroe: *cfr.* Unamuno, M., *Vida de don Quijote y Sancho*, op. cit., p. 57, 83, 90 y 122). También *cfr.* Pacheco, B., “La concepción de lo femenino en Unamuno: encuentro en un entreacto”, en: *Contexto: revista anual de estudios literarios*, Segunda etapa, Vol. 8-Nº10, 2004, pp. 217-228.

³¹ De hecho Ángela se refiere a San Manuel como un “varón matriarcal” (Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 115). Son muchos otros los atributos propiamente maternos que encontramos en este personaje masculino. Entre ellos me limito a señalar los siguientes: la devoción por los hijos (*Ibid.*, p. 126), la profundidad espiritual —vista a través de los ojos, como ocurre con Tula (*Ibid.*, p. 117)— y, como rasgo nuclear, el afán de dar consuelo (*Ibid.*, p. 119).

lítico de don Miguel. Todo lo relacionado con lo material y lo civil parece haber caído en la nada. La maternidad llevada a la política parece que es sinónimo de “nadismo”.

IV. La maternidad política como antídoto del “nadismo”

Es cierto que podemos observar una evolución en las obras de Unamuno que nos lleva a considerar como primordial el plano de la fe (bajo la forma de la maternidad) frente al de la civilidad. *San Manuel Bueno* es, en este sentido, la novelización de una madre que se limita a consolar. No obstante, queremos señalar que esta obra, en realidad, no es a nuestro entender un suicidio intelectual; no se trata de una exhortación a recluirse en la conciencia, sino de una particular forma de activismo. La maternidad como principio político, más que de una respuesta “nadista”, se trata, según nuestra interpretación, de una reacción a los males que Unamuno entiende que amenazan la realidad política de su tiempo. De haber sido la conclusión de nuestro autor un nihilismo radical nos parece que tal consideración habría venido acompañada de un silencio productivo. Y, justamente, sabemos que Unamuno siguió escribiendo con aspiraciones políticas hasta casi el día de su muerte³². ¿Y por qué, entonces, este énfasis en el principio anti-civilizador que late en la maternidad como principio político? Esta pregunta, entendemos, se aclara con una consideración histórico-contextual. El polo de la fe-maternidad se agudiza, y, bajo la forma de la maternidad, se vuelve más consolador (más alejado de la vida civil, y, en esa medida, más nihilista) por una extrema pujanza en el plano de la realidad de su contrario, el polo de la civilidad.

Conviene recordar que la civilidad también es guerra y violencia³³. Y esta actitud es la que Unamuno asocia con la propia de la paternidad³⁴. La paternidad como

³² En *El resentimiento trágico de la vida*, obra póstuma que el autor no llegó a terminar, la preocupación colectiva es el tema central. Hasta en sus últimos días Unamuno sigue reflexionando sobre España y su realidad política. González Egido se refiere a esta obra como “una respuesta autobiográfica ante la guerra civil.” (González Egido, L., *Agonizar en Salamanca*, op. cit., p. 174). El objetivo del texto de Unamuno es “conocim. del mal” (Unamuno, M., *El resentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 23): conocimiento del mal político, del odio, que cubre España.

³³ Véanse notas 20 y 21. *Paz en la guerra* desarrolla esta asociación, que también se pone de manifiesto en los escritos: “¿Guerras? El primer acto guerrero fue, según lo que llamamos Historia Sagrada, la de la Biblia, el asesinato de Abel por su hermano Caín. Fue una muerte fraternal, entre hermanos; el primer acto de fraternidad. Y dice el Génesis que fue Caín, el fratricida, el que primero edificó una ciudad, a la que llamó del nombre de su hijo – habido en una hermana– Henoc. (Gén., IV, 17). Y en aquella ciudad, polis, debió empezar la vida civil, política, la civilidad y la civilización.” (Unamuno, M., *Tía Tula*, prólogo. Madrid: Alianza, 2022, p. 42). También *cfr.* París, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, op. cit., p. 284 y *cfr.* *Agonizar en Salamanca*, op. cit., p. 32. También *cfr.* Sáenz Zaitegui, A. B., “Metafísica de la maternidad: estudio comparativo de “Dos madres” y La Tía Tula” de Miguel de Unamuno a la luz del “Génesis””, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 42, N°2, 2006, pp. 93-108.

³⁴ La paternidad se asocia en Unamuno al mundo de lo civil y al progreso civilizador, mientras que la maternidad se asocia al mundo de la tradición y del hogar. El padre es para Unamuno la figura de la severidad y del castigo;

principio colectivo puede entenderse como la acentuación máxima del polo de lo civil, en el mismo sentido que la maternidad lo es del polo de la fe. Paternidad es civilización, violencia, castigo y ley; del mismo modo que maternidad es consuelo, paz, tradición y fe³⁵. Pensemos ahora en el entorno de Unamuno: el “desastre del 98”, la semana trágica, la dictadura de Primo de Rivera, una república que —aunque comienza con optimismo— se vuelve cada vez más violenta y, finalmente, una guerra civil. ¿Cuál es el hilo conductor de todo esto? En términos de Unamuno podemos hablar de un acrecentamiento de la violencia civil, materializada en la paternidad como principio político. En el mundo del pensador vasco, en su realidad política, la paternidad se está haciendo el único principio político, lo civil y su violencia se tratan de arrogar todo el plano de lo colectivo³⁶.

Y esto es algo que don Miguel, sencillamente, no puede tolerar. Como hemos visto, para Unamuno, la tensión irresoluble es lo importante³⁷. Si la civilidad está desatada, bajo la forma de la paternidad como principio colectivo, desde la perspectiva de Unamuno, será necesario hacerle contrapeso por medio de un coloso de

por eso éste se vincula a la civilización, cuyo principio de actuación es la represión, la ley. Esta visión tiene un primer sentido doméstico, pero también se extiende al plano colectivo: “[...] la mujer es rémora de todo progreso... / -Es la inercia, la fuerza conservadora...-agrega don Avito. / -Sí, ella es la tradición, el hombre el progreso...” (*Amor y pedagogía*. Madrid: Editorial Libra, 1971, p. 79). La madre, entiende Unamuno, besa al hijo, “le tapa la boca para que no lllore” (Ibid., p. 52) le infunde amor, mientras que el padre dice: “Déjale que lllore; es su primera lección, la más honda. No la olvidará nunca, [...]. Así aprenderá que el dedo es suyo, porque ese llanto quería decir: mi dedo, ¡ay!, mi dedo.” (Ídem). Abel Sánchez de *Abel Sánchez* es un mal padre precisamente porque no cumple con esta labor: *cf.* Unamuno, M., *Abel Sánchez*. Madrid: Espasa-Calpe, p. 106. También: “[...] la madre que perdona siempre, la madre que abre siempre los brazos al hijo cuando huye éste de la mano levantada o del ceño fruncido del irritado padre.” (Unamuno, M., *Vida de Don Quijote y Sancho*, segunda parte, cap. LXVII, op. cit., p. 206). Esto también tiene un sentido teológico: *cf.* Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 186). Sobre esta cuestión, a su vez, *cf.* Frayle Delgado, L., “La dialéctica del eros en “Amor y Pedagogía”, en: *Azafea III*, 1990, pp. 265-283.

³⁵ Podemos encontrar multitud de ejemplos que encarnan los roles educativos masculino y femenino en la literatura de Unamuno. En este sentido, nos parece interesante mencionar a Marina de *Amor y Pedagogía*, Tula de *Tía Tula* y Ángela de *San Manuel bueno, mártir*. Estas tres mujeres encarnan, desde tres perspectivas confluyentes —a saber: consuelo y afecto, dirección y guía espiritual y confidencia, respectivamente—, según estudia Rodolfo Gutiérrez Simón, la dimensión maternal del amor y humanidad, que es aquella en la que educa la madre. Bajo esta triple perspectiva podrían desglosarse las diferentes extensiones en las que se ramifica, desde una misma unidad espiritual, la enseñanza amorosa en la que la madre, por medio de su ejercicio vital, instruye a la prole. Tal desglose puede verse en el siguiente trabajo: Gutiérrez Simón, R., “La agencia religiosa de la mujer en la narrativa de Unamuno”, en: *Bajo Palabra*, II Época, N°24, 2020, pp. 37-54. También *cf.* Marodo Dos Santos, E. J., “Unamuno: la familia y su misión educativa”, en: *Rev. filos.*, Vol. 74., 2018, pp. 129-138.

³⁶ La civilidad desmedida significa: “El brutal sentimiento de honor, sea individual o nacional; la necia intransigencia de quien jamás penetra en el alma ajena; la estúpida presunción de poseer por pura gracia la verdad absoluta y única; [...]” (Unamuno. *Obras Completas*, IX, Madrid: Escelicer, 1971, p. 659). Unamuno vive, en sus propios términos, una “política de machos”: *cf.* Unamuno, M. *Soledad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 118.

³⁷ Unamuno también entiende que esto se refiere a la condición existencial-personal del ser humano: la clave del ser humano es la tensión y la lucha irresoluta entre razón y corazón: *cf.* Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., pp. 150-151 y 189.

igual medida: la maternidad, también como principio colectivo. Ante la posibilidad de una primacía total de la patria, Unamuno postula una *matria* —con “m”—, una colectividad hecha exclusivamente de fe que venga a contrarrestar la violencia civil que se adueña de la realidad. Eso es, justamente, lo que encontramos en sus obras más tardías: “¡Haciendo patria! Lo que haremos al cabo es tierra..., nos haremos tierra... Pero la Tierra no es patria, la tierra es “matria”, [...]”³⁸. El sentido de esta idea es que un extremo no devore al otro.

Toda la obra de Unamuno es una particular forma de activismo. Así entendió él mismo la labor literaria. Escribir novelas es para don Miguel una forma de hacer política, “la” forma de hacer política:

De tiempo en tiempo escribía cartas políticas contra Don Alfonso XIII y contra los tiranuelos pretorianos de mi pobre patria, pero estas cartas que hacían historia en mi España me devoraban. Y allá, en mi España, mis amigos y mis enemigos decían que no soy un político, que no tengo temperamento de tal, y menos todavía de revolucionario, que debería consagrarme a escribir poemas y novelas y dejarme de políticas. ¡Como si hacer política fuese otra cosa que escribir poemas, y como si escribir poemas no fuese otra manera de hacer política!³⁹

La palabra, para don Miguel, tiene un poder creador y un poder de acción⁴⁰. Ése fue siempre el sentido de la producción unamuniana: dar a conocer los males de la política y aportar, crear soluciones⁴¹: “tendré que cultivar la vida activa del escritor,

³⁸ Unamuno, M., *Soledad*, op. cit., p. 123. También se afirma en el prólogo de *Tía Tula*: “Hablamos de patrias y sobre ellas de fraternidad universal, pero no es una sutileza lingüística el sostener que no pueden prosperar sino sobre matrias y sororidad. Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos, mientras sean los zánganos, que revolotean en torno de la reina para fecundar y devorar la miel que no hicieron, los que rijan las colmenas.” (Unamuno, M., *Tía Tula*, op. cit., p. 42).

³⁹ Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 138. Esta obra, de hecho, no hay que interpretarla sólo como un reflejo de angustias personales; la preocupación por la colectividad está presente a lo largo de todo el texto. Con los pasajes sobre la vida de U. Jugo se intercalan continuas referencias a la realidad política de España; *cf.* Ibid., pp. 148-149. De esto también se habla en: Ibid., p. 130, p. 192, p. 201 y p. 209. Unamuno afirma incluso que “[...] mis novelas, mis poemas son política (Ibid., p. 171).

⁴⁰ “[...] la palabra es acción. El espíritu, la respiración sonora, el son, hacen el verbo, la Palabra, y la palabra hace la visión, la idea.” (Unamuno, M., *OC*, IX, op. cit., p. 446). “[...] sólo con la acción se resuelven problemas. Acción que es contemplativa como la contemplación es activa, pues creer que se pueda hacer política sin novela o novela sin política es no saber lo que se quiere hacer.” (Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 195).

⁴¹ Zambrano afirma, en esta línea, que la labor de Unamuno fue siempre la de sacar a la luz los males de su pueblo y buscar remedios en lo hondo de las personas, en su constitución íntima: “Y es que don Miguel es uno de esos escritores que ha desempeñado el papel de sacador de demonios, como luego veremos. Ése ha sido su papel máximo en la vida española: desatar los demonios que, encondidos, anidaban en nuestro corazón.” (Zambrano, M., *Unamuno*. Barcelona: Mondadori, 2003, p. 129; también *cf.* Ibid., p. 131). El propio Unamuno afirma que: “La literatura no puede ser en parte alguna, y menos que en otra parte en España, labor de mera contemplación artística. El encerrarse el literato en su torre de marfil a rezar letanías a la Belleza es hoy un crimen. Nuestro primer deber es educar al pueblo, y literatura que no sea, de un modo o de otro, con propósito sin él, educadora, se secará pronto.” (Unamuno, M., *OC*, IX, op. cit., p. 820).

hacer de la pluma un arma de combate por Cristo”⁴². Y éste es, a nuestro juicio, el sentido también de las obras que podríamos considerar “nihilistas” o “maternales”. ¿Cómo contribuir a que la política sea menos paternal —ése es el problema de su tiempo—? ¿Cómo hacer que la patria se rebaje?: escribiendo, dando a los lectores una forma colectiva, la *matria*, en la que el polo de lo civil quede enterrado⁴³. El objetivo no es que la *matria* sea la realidad absoluta, sino recuperar la tensión perdida. En un lado tenemos el polo de lo civil-paternal y en el otro el de la fe-maternidad. La realidad política de Unamuno pone mucho peso en el primer término y la balanza pierde el equilibrio. El sentido de la *matria* es, precisamente, tratar de recuperar la tensión y, con ello, curar en el alma de los ciudadanos las heridas y los males que genera una vida colectiva exclusivamente civil-paternal. ¿Y cuáles son esos males?: la envidia, el resentimiento⁴⁴ y la violencia. Nos detendremos a explicar sólo el primero.

La envidia tiene para Unamuno un origen espiritual. Siente envidia aquel que no puede cumplir su vocación⁴⁵. El envidioso es aquel que se frustra por no alcanzar lo que podría, el que odia a los que sí llegan a ser quienes son. ¿Y por qué alguien fracasaría en llegar a ser quién es?: por una falta de fe. La ausencia de fe, la ausencia de *matria*, genera envidia, tanto a nivel colectivo como individual. Una colectividad que acentúa lo civil y olvida la intrahistoria y la religión (que olvida la fe) está condenada al odio fraternal que comenzó precisamente con Caín, el “fundador de ciudades”⁴⁶.

⁴² Unamuno, M., *Diario íntimo*, op. cit., p. 58.

⁴³ Según Cassou este es el sentido hasta de los escritos unamunianos donde el tema central es la salvación personal del autor: “Y así, para Unamuno hacer política es, todavía, salvarse. Es defender su persona, afirmarla, hacerla entrar siempre en la historia.” (Cassou, J., “Retrato de Unamuno”, en: Unamuno, M., *Como se hace una novela*, op. cit., p. 96). El propio Unamuno se refiere a que la política debe partir de la salvación del hombre concreto, del individuo particular y no de entidades generales y abstractas: “[...] no hay otra política que la de salvar en la historia a los individuos.” (Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 113).

⁴⁴ González Égido desarrolla la cuestión del resentimiento como modelo de acción política en el pensamiento de Unamuno en relación con su circunstancia política: “El nosotros no era más que una suma de los yos y el resentimiento, la envidia, [...] se le apareció como la mejor explicación de los nuevos comportamientos sociales, [...]” (González Egido, L., *Agonizar en Salamanca*, op. cit., p. 188). También *cf.* *Ibid.*, p. 203.

⁴⁵ Zambrano explica esta cuestión en detalle (*cf.* Zambrano, M., *Unamuno*, op. cit., p. 134 y p. 140). También Carlos París se refiere a ello: *cf.* París, C., *Estructura...*, op. cit., p. 363. Esto se ve con especial claridad en las mujeres estériles de la literatura unamuniana. También cabe aludir a: Unamuno, M., *Soledad*, op. cit., p. 105. La madre da fe, hace héroes y, en esa medida, también es un remedio contra la envidia. *Cf.* Unamuno, M., *En torno al casticismo*, op. cit., p. 276. Sobre esto, a su vez, *cf.* Sandoval Ullán, A., “El concepto de mujer en el pensamiento de Miguel de Unamuno”, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 39, 2004, pp. 27-60.

⁴⁶ *Génesis* 4:17. La falta de intrahistoria y, en ese sentido, de una vida colectiva plena, que permita al sujeto sentirse acompañado en la vida, guarda una estrecha relación con la envidia. La soledad, según Unamuno, que se deriva de una vida exclusivamente civil, esto es, de una política que reniega del amor, aleja a los individuos y conduce a que éstos se enfrenten entre sí: “¿Y de dónde si no de la soledad, de nuestra soledad radical, ha nacido esa envidia, la de Caín, cuya sombra se extiende —bien lo decía mi Antonio Machado— sobre la solitaria desolación del alto páramo castellano?” (Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., pp. 106-107). La naturaleza, como símbolo de la maternidad, también se entiende como remedio de la envidia: *cf.* Unamuno, M., *Fedra*. Madrid: Castalia, 1987, p. 198. Véase nota 33.

Ante esto, también ante la violencia y el resentimiento, Unamuno postula su patria. Don Miguel escribe libros en los que la fe es lo único que importa —insistimos en ello— porque es, precisamente, lo que hace falta recuperar para la vida colectiva. El mundo está infestado de Alejandro⁴⁷ y hacen falta más San Manueles Buenos⁴⁸. Lo que hay que entender es que el objetivo de don Miguel con este personaje no es infundir “nadismo”, sino tratar de obrar una conversión, tratar de recuperar la fe que se ha perdido en el plano colectivo⁴⁹. En un mundo donde es el fusil el que saluda al alba hace falta una madre que acune el corazón herido, que acune hasta que el sueño empape de nuevo la pólvora y la haga inservible. San Manuel Bueno y el pueblo de Valverde no son un modelo de acción general; no se trata de que el pueblo tenga que vivir en la inopia absoluta. Frente a la masacre de la historia, de la historia de la civilización, Unamuno propone el hogar —símbolo y lugar de la madre— como refugio⁵⁰ en el que pasar la tormenta de violencia del siglo XX, pero siempre con el objetivo de recuperar la tensión.

V. Conclusiones.

Hemos visto que Unamuno es un autor político, especialmente preocupado por la colectividad y hemos atendido al núcleo de su pensamiento en este sentido: la conjunción de civilidad y fe. Sin estos dos polos la vida social se vuelve insana y surgen

⁴⁷ Personaje central en *Nada menos que todo un hombre*. Este escrito constituye un claro ejemplo de los males que acarrea dejar de lado la dimensión maternal por acción de la figura masculino-paternal —del mismo modo podría estudiarse *Amor y pedagogía*—. La falta de amor en el seno del hogar es lo que une estas dos novelas, que muestran dos caras de la misma moneda: el imperio de uno de los polos que conforman aquello que no debe resolverse, que debe mantenerse tenso. En ambos casos el resultado es la muerte. No obstante, el final en *Nada menos que todo un hombre*, aunque se salda de manera trágica, representa, como en *Amor y pedagogía*, la victoria del amor. Alejandro, el que dice que “yo mismo me he hecho” (*Amor y pedagogía. Nada menos que todo un hombre*, op. cit., p. 166). Sin familia, renegando del amor, termina por ser amadrinado: *cfr. Ibid.*, p. 180.

⁴⁸ Recuperar la paz y la felicidad; ese es el sentido de San Manuel: “Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, [...]” (Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., pp- 46-47).

⁴⁹ Lo que hay que recuperar es la vida: *cfr. Ibid.*, p. 75. La vida sin creencia es disolución racional (*cfr. Unamuno, M., Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., pp. 74-97). San Manuel pretende ser una figura de fe, algo en lo que creer (para los lectores); *cfr. Unamuno, M., San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 79.

⁵⁰ “¿Historia? ¿Para qué? ¡Basta el hogar! El hogar y la historia están reñidos entre sí.” (Unamuno, M., *Sombras de sueño*, op. cit., p. 69). Mientras que el hogar es consuelo “[...] la historia es la posibilidad de los espantos.” (Unamuno, M., *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 123). Don Miguel hace aquí énfasis, de nuevo, en la contraposición hogar-civilización. Encontramos en el teatro de Unamuno un empleo frecuente de figuras “heroicas” femeninas, que, a la manera de los héroes de Ibsen —esta relación habría que estudiarla en detalle—, redimen al hombre de la violencia y la pérdida: *cfr. Unamuno, M., Amor y pedagogía*, op. cit., p. 126. El propio Unamuno afirma de sus personajes femeninos que: “Pasan por mis obras [...] callándose al oído —al oído del corazón— de sus hombres, ungiéndolos con el rocío de su entrañada humanidad.” (Unamuno, M., *Hermano Juan*, prólogo. Madrid: Austral, 1964, p. 68).

problemas como el de la envidia⁵¹. Mantener esta tensión es el objetivo de nuestro autor en toda su producción, también al final de ella. No se trata de renunciar a nada —se mantiene la coherencia con el planteamiento inicial de fe y civilidad—. La conclusión que nos lanza Unamuno con sus obras finales, por tanto, no es abandonar la vida colectiva, sino seguir interviniendo en ella; eso sí, por medio de una maternidad tan aguda que sea capaz de hacer frente a la violencia varonil, que va *in crescendo*⁵². La matría es, por tanto, algo más que una alternativa política en el sentido civil, es la aspiración original de la maternidad como principio colectivo, la aspiración de la intrahistoria⁵³. Y es que esta última, para Unamuno, nunca conduce al nihilismo. Es precisamente su contrario el que guarda la posibilidad de la nada. Así puede verse en *Soledad*, drama en el que Unamuno sentencia que la vida política, por sí sola, conduce a la muerte. Su protagonista, Agustín, se hace “hombre político” y acaba quedándose solo con su esposa, Soledad. La vida “meramente” político-civil —Agustín renuncia a su vocación de escritor⁵⁴— es la que lleva al protagonista al nihilismo.

Hasta aquí la labor de exégesis y de interpretación. Lo que debemos plantearnos ahora, como conclusión del presente ensayo, desde las coordenadas que nos lega Unamuno, es qué tipo de realidad política vivimos ahora mismo. ¿Hay alguno de los dos polos que esté hoy sobrepasando al otro? Nos parece que, sin duda, hoy la guerra, la violencia y la primacía cada vez más acuciante de lo civil-masculinizante —la política “de machos”— ahogan nuestro espíritu. No hay fe, la intrahistoria se está perdiendo, los pueblos en los que reside lo eterno de la vida colectiva se están borrando como dibujos sobre arena. Y el resentimiento y la envidia (en definitiva: los odios entre semejantes) crecen. ¿No vemos, acaso, una polarización cada vez más creciente en nuestro panorama político? ¿No es esa “política de la cancelación” la consecuencia directa de que nuestra vida interior sea cada vez más pobre?

⁵¹ No hemos aludido a ello, pero sobra decir que Unamuno también condena el aislamiento absoluto, esto es, la pérdida del polo de la civilidad. Sobre ello *cfr.* *La agonía del cristianismo*, VIII, op. cit., pp. 143-151. También: *cfr.* Urrutia, M., *El pensamiento político de Unamuno*, op. cit., pp. 109-117.

⁵² Encontramos en Jünger un eco de la idea unamuniana de la naturaleza como depositaria de la eternidad (y la fe-maternidad): “Y como de estuches abiertos salían invisibles los difuntos. Siempre se hallan éstos cerca de nosotros en aquellos sitios donde nuestras miradas se posan con amor sobre tierras cultivadas de antiguo; y de igual manera que su herencia está viva en las piedras y en los surcos, también los campos y las campiñas se hallan gobernados por su leal espíritu de antepasados.” (Jünger, E., *Sobre los acantilados de mármol*. Madrid: Tusquets, 2020, p. 71). La idea de “emboscarse” nos parece que guarda, del mismo modo, un especial paralelismo con la idea unamuniana de matría: *cfr.* Jünger, E., *La emboscadura*. Madrid: Tusquets, 2023, pp. 77-78, p. 83 y p. 113.

⁵³ Esa aspiración es la paz: “[...] lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que están encomendados; [...]” (Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 46). Tal vez incluso la inopia: *cfr.* *Ibid.*, p. 58.

⁵⁴ El mensaje de esta obra es que el intelectual tiene que hacer política desde su creación, no desde el activismo material: “[...] un partido y con él, y que un partido no crea, no puede crear nada... Sólo crea un hombre, un hombre entero y solo...” (Unamuno, M., *Soledad*, op. cit., p. 109).

Tal vez no sea una mala alternativa tratar de recuperar un poco las figuras que señala Unamuno; tratar de recuperar algo de la intrahistoria, de la tradición, de la fe. No queremos decir que sea necesario un conservadurismo, sino que, tal vez, a fin de evitar el odio, no nos vendría nada mal tratar de recuperar en alguna medida esa forma de amor maternal que se puede observar entre los habitantes de un pueblo y que se plasma perfectamente en las obras de don Miguel.

Hay que señalar, para concluir, que Unamuno, con todos estos planteamientos, está tratando de oponerse a una tradición política y filosófica que viene de atrás: la política “viril” y sus dimensiones realistas, una forma de pensamiento que llega desde la antigüedad, pasa por el Renacimiento y se concreta en nuestro tiempo en formas de gobiernos crueles, aquéllos que entienden que todo medio está justificado por el fin: se trata de esas configuraciones políticas exclusivamente civiles, violentas, sin humanidad (sin “matria”). Unamuno también quiere hacer frente a estas posturas y, por ello, coloca la esencia de lo humano como parte fundamental de la vida colectiva, su condición expósita y la necesidad de un consuelo interior. De lo que se trata es de intentar detener un poco el progreso y recordar que en las sociedades hay algo íntimo a lo que también hay que atender, algo que queda más allá (o más acá) de la gestión civil⁵⁵.

Leer a Unamuno es leer el fondo del ser humano, es mirarse en un espejo hecho de carne y papel para vernos a nosotros mismos en los demás y desdeñar las virtudes viriles que no dudan en aplastar al semejante para conseguir sus fines. ¿Qué es, en definitiva, la maternidad como principio colectivo?: “Un calor que derritiendo y fundiendo esas costras, costras de pecado, formará el mar común, el mar de la verdadera igualdad niveladora, la fraternidad real”⁵⁶. Unamuno, en definitiva, nos quiere hacer ver con su “matria” que el otro no es nunca un enemigo, sino un hermano. Todos nos igualamos en el “mar”, en la muerte y en nuestra condición expósita. Y por eso tenemos que ayudarnos: porque todos llevamos a cuestas la misma cruz.

⁵⁵ La intrahistoria también representa la esperanza ante las catástrofes de la humanidad. Si un pueblo mantiene viva su matria, su intrahistoria, siempre hay posibilidad de recuperarse de los desastres: *cfr.* Unamuno, M., *En torno al casticismo*, op. cit., p. 263. En esto quiere incidir Unamuno frente a las catástrofes materiales de su circunstancia.

⁵⁶ Unamuno, M., *Diario íntimo*, op. cit., p. 182. Este es el mensaje final de *En torno al casticismo*: “¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y [...] sin encerrarse en capullos casticistas.” (Unamuno, M., *En torno al casticismo*, op. cit., p. 269). Romper la costra espiritual significa abrirse a la intrahistoria, a la fe y el consuelo que representa la tradición viva de los pueblos. Sobre esto *cfr.* Dovón Antón, M.^a D., (1999). “Matria contra patria en la trayectoria espiritual de Unamuno”, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 34, 1999, pp. 75-96.

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco Aguinaga, C., “La madre, su regazo y el “sueño de dormir” en la obra de Unamuno”, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 7, 1956, pp. 69-84.
- Dovón Antón, M.^a D., (1999). “Matria contra patria en la trayectoria espiritual de Unamuno”, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 34, 1999, pp. 75-96.
- Frayle Delgado, L., “La dialéctica del eros en “Amor y Pedagogía”, en: *Azafea III*, 1990, pp. 265-283.
- González Egido, L., *Agonizar en Salamanca*. Madrid: Alianza, 1986.
- Gutiérrez Simón, R., “La agencia religiosa de la mujer en la narrativa de Unamuno”, en: *Bajo Palabra*. II Época, N^o24, 2020, pp. 37-54. Doi: <https://doi.org/10.15366/bp.2020.24.002>
- Jünger, E., *La emboscadura*. Madrid: Tusquets, 2023.
- Jünger, E., *Sobre los acantilados de mármol*. Madrid: Tusquets.
- Marodo Dos Santos, E. J., “Unamuno: la familia y su misión educativa”, en: *Rev. filos.*, Vol. 74., 2018, pp. 129-138. Doi: <https://doi.org/10.4067/S0718-43602018000100119>
- Pacheco, B., “La concepción de lo femenino en Unamuno: encuentro en un entreacto”, en: *Contexto: revista anual de estudios literarios*, Segunda etapa, Vol. 8-N^o10, 2004, pp. 217-228.
- Padilla Novoa, M., *Unamuno*. Madrid: Ediciones del Orto, 1994.
- París, C., *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*. Barcelona: Antrophos, 1989.
- Ribas, P., *Filosofía, política y literatura en Unamuno*. Madrid: Ediciones Edymion, 2017.
- Sáenz Zaitegui, A. B., “Metafísica de la maternidad: estudio comparativo de “Dos madres” y La Tía Tula” de Miguel de Unamuno a la luz del “Génesis””, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 42, N^o2, 2006, pp. 93-108.

Sandoval Ullán, A., “El concepto de mujer en el pensamiento de Miguel de Unamuno”, en: *Cuadernos*, Universidad de Salamanca. Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. 39, 2004, pp. 27-60.

Unamuno, M., *Abel Sánchez*. Madrid: Espasa-Calpe, 1967.

Unamuno, M., *Amor y pedagogía. Nada menos que todo un hombre*. Madrid: Editorial Libra, 1971.

Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, ed. de Antonio M. López Molina, prolog. de Antonio M. López Molina, Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.

Unamuno, M., *Diario íntimo*. Madrid: Alianza Editorial, 2018.

Unamuno, M., *En torno al casticismo*. Madrid: Cátedra, 2020.

Unamuno, M., *La esfinge. La venda. Fedra*. Madrid: Castalia, 1987.

Unamuno, M., *Tía Tula*. Madrid: Alianza, 2022.

Unamuno, M., *Niebla*. Madrid: Cátedra, 2016.

Unamuno, M., *Obras Completas*, IX, Madrid: Escelicer, 1971

Unamuno, M., *Paz en la guerra*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.

Unamuno, M., *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid: Cátedra, 2018.

Unamuno, M., *Sombras de sueño. Soledad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.

Unamuno, M., *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Madrid: Austral, 1964.

Urrutia, M., *Evolución del pensamiento político de Unamuno*. Bilbao: Deusto, 2018.

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2024.37.002>
Bajo Palabra. II Época. N° 37. Pgs: 413-432

